

**UNIVERSIDAD CENTRAL**  
**FACULTAD DE ARQUITECTURA, URBANISMO Y PAISAJE**  
CENTRO DE ESTUDIOS ARQUITECTÓNICOS, URBANÍSTICOS Y DEL PAISAJE

## **POLITICIDAD Y ARQUITECTURA<sup>1</sup>**

**MARIO SOBARZO MORALES**

*Pero la ciudad es una forma de  
comunidad de iguales, con el fin de  
vivir lo mejor posible.*  
**Aristóteles. Política. Libro VII.**

El texto que hoy me toca presentar tiene esa extraña cualidad de los libros que son atingentes respecto a nuestro presente porque nos muestran uno de los caminos posibles que él pudo haber seguido. Es un libro sobre uno de los proyectos más esperanzadores y lleno de contradicciones de la historia republicana. Proyecto radical en sus intenciones, logros y alcances, al punto que aún sigue funcionando como incitación utópica cada vez que aparecen sueños de transformación social.

En un momento como el actual, atravesado por grandes discusiones en el horizonte, conocer los debates, argumentos, errores y las grandes realizaciones de nuestro pasado, es tarea imprescindible de reflexión, y algo que agradecerle a este libro.

Hace poco tiempo se quemó el edificio de la UNCTAD. Síntoma de la actualidad de ruina de ese proyecto de que trata el libro. Porqué debería ser interesante una lectura de esas ruinas que nos quedan de un proyecto social, político, económico, y, tal como lo muestra la obra que nos reúne, también arquitectónico.

Benjamin cuando intenta pensar la historia nos muestra esa historia de la ruina que es la historia misma. Acumulación de ruinas que nos hablan desde su destrucción.

Hay belleza en esa historia, como se lee y se ve, en el trabajo de Alfonso Raposo, Gabriela Raposo y Marco Valencia. Belleza en los movimientos sociales que lucharon por llevar a la realidad sus utopías, en los proyectos políticos que ellos construyeron, y más aún, en su manifestación arquitectónica.

Detrás del libro aparece un protagonista con un rostro difuso, no identitario (si entendemos por identidad aquella pretensión fuerte de unicidad en su constitución). Una suerte de subjetividad rizomática, no articulada en torno a lo igual, sino al extrañamiento que se encuentra en la fiesta, en el encuentro con la alteridad que sólo puede transmitir el vértigo de creerse construyendo el

---

<sup>1</sup> Este texto fue uno de los dos leídos en la presentación del libro de **La Interpretación de la Obra Arquitectónica y Proyecciones de la Política en el Espacio Habitacional Urbano** de Alfonso Raposo, Gabriela Raposo y Marcos Valencia (Fondecyt N°1020207), publicado por la Facultad de Arquitectura de la Universidad Central.

presente y cambiando el futuro. Una suerte de juego ritual plagado de símbolos en todas las áreas de la realidad. Esto pues, como lo señalan los autores, esta subjetividad nace de la fiesta que articula al populismo latinoamericano, y en que él (el populismo) se constituye, y por ende, es la situación de despliegue del deseo, del goce del encuentro, y no la castración del sentido presupuesto, lo que se busca en la acción. Pero además, pues la misma arquitectura que se despliega en los proyectos CORMU incluye la otredad de un hombre nuevo en una ciudad nueva, es decir, instala su propia opacidad en el seno de su despliegue: gozo en lo porvenir, en lo esperado, pero a la vez, deseo que brota desde el presente que se falta a sí mismo, que anhela dicha falta.

Es en el sentido previo, que la arquitectura es un aspecto privilegiado de esta subjetividad manifiesta como acción. Privilegiada pues, ella es práctica disciplinar asociada a la generación (y el modo de ella) de espacio público.

Desde los griegos sabemos que todo proyecto político tiene su correlato arquitectónico, y que es la arquitectura urbana la encargada de pensar y realizar esa ciudad del futuro. Hay ejemplos terribles de esto, y otros, como el proyecto de un Chile socialista (en su doble versión cristiana y marxista), admirables.

En este punto, el libro podría haber seguido el camino fácil y seguro del lugar común. Justificar la elección del tema a investigar en una mera necesidad histórica, una forma de recuperación de un pasado para aprender de él. Pero los autores corren riesgos, apuestan por una mirada de esa historia, y manifiestan una interpretación de ella.

El libro realiza una reconstrucción sociológica del modo en que una cierta visión del espacio público apareció en la discursividad y la construcción de proyecto político en Chile. Así consignan los autores, leyendo el proyecto CORMU:

*Desde luego hay que intensificar la producción del espacio para atender a las urgencias vitales de los necesitados. Al hacerlo se procura transformar las distancias sociales que signan el espacio territorial urbano. Las remodelaciones urbanas han de estar al servicio del pueblo en el pericentro y el centro mismo de la metrópolis. No más relegación del pueblo a la periferia residual del industrialismo capitalista... El pueblo ha de participar del espacio público ciudadano y ahora que la sociedad "va para arriba" ha de aprender a vivir en altura. (pág. 144)*

La imagen que plantea el libro habla de un proyecto de transformación de la ciudad para volverla adecuada a los nuevos tiempos que se están construyendo.

Y el modo en que esto sucede, manifiesta esas características comunes, dependiendo del lugar de la ciudad (centro-periferia), del tipo de espacio a ser intervenido, y de la funcionalidad de los edificios y su integración en un contenido ideológico.

Los 8 proyectos estudiados por los autores (Remodelación San Borja, Seccional Villa San Luis, Seccional Tupac Amaru, Seccional Mapocho-Bulnes, Seccional Padres Carmelitos, Seccional Pozos Areneros, Seccional Che Guevara y Seccional Cuatro Álamos) se modelan según distintos intereses y lecturas del espacio urbano, que van articulando soluciones variadas.

Desde el temprano proyecto San Borja hasta la nunca realizada transformación del centro de Santiago, pasando por el frustrado Parque San Luis, el libro se centra en aquellas realizaciones donde el capitalismo de Estado, en proceso de volverse socialismo, trata de romper con la exclusión política, social, económica, y fundamentalmente, simbólica, generada por el capitalismo privado.

Mediante una lectura interpretativa en los énfasis de una época, y sus realizaciones, el texto que presentamos rastrea las huellas de un pasado que se pensó a sí mismo como futuro utópico.

Es en varios aspectos relacionados con lo que he señalado que me quisiera detener para analizar los alcances del texto, y leer críticamente su posición respecto a lo estudiado.

En primer lugar, como lo he señalado hasta ahora, el libro se estructura a partir de la interrogación por los efectos o resultados en términos de espacialidad, estética, tectónica y racionalidad de la habitabilidad detrás de los proyectos políticos de los gobiernos de Frei y Allende. Esta inquisición hunde sus raíces en los fundamentos teóricos que movieron a los arquitectos y urbanistas detrás de CORMU, pero también a una revisión de los modos de operación política de la época.

Es aquí donde el libro se multiplica. Lo arquitectónico es pensado desde la política de la época, y la política es analizada desde su operación estética (generadora de sentido) y urbanística. Entre medio, una serie de intersticios se abren en el texto: los cruces con la historia del urbanismo, la transformación de la arquitectura tradicional, los procesos de toma de conciencia del pueblo, reconceptualizado como multitud, la interpretación del proceso de transformación política, social y económica, a la luz del populismo latinoamericano, por nombrar algunos ejes temáticos, que ya hemos señalado.

En este caso la multiplicidad del libro lo vuelve un texto complejo. Un texto que no es plenamente de arquitectura, pero tampoco de sociología o urbanismo. Es un libro que admite múltiples puntos de ingreso, y salida. Un texto, como la ciudad que muestra: con un proyecto utópico (su deseo de ser interpretación veritativa y verificable sobre un acontecimiento y una obra), y también con una cierta expectativa de instalación en la discusión urbanística plana que ha configurado la realidad de nuestro país.

En 2° lugar, al instalarse desde una lectura postmoderna, o de crítica cultural o desde los estudios culturales, el libro se arriesga, se juega por una condición interpretativa de los aparatos categoriales con los que la tradición académica ha pensado la historia de la arquitectura, de los movimientos sociales, y de la política de nuestra República.

Es este un juego altamente riesgoso (esto considerando que la academia en nuestro país es tremendamente conservadora respecto a toda lectura que asuma en sí la crítica como punto de interpretación posible), que el libro despliega un potencial de goce asociado a su lectura. Y es que a mí, el libro me interpeló, me conmovió. Pero, dejaré ese punto para el final, intentando conservar una apariencia de objetividad que la obra misma se juega a criticar.

Ahora bien como señalaba antes, los autores dejan traslucir una forma de concebir la historia de modo muy distinto: ya sea, en la arquitectura o el urbanismo, donde apuestan por una catacresis interpretativa, en que la modernidad arquitectónica aparece desplazada y reubicada en el contexto espacial, social y temporal chileno, y donde hay topología de la construcción

arquitectónica; o, en el aspecto social, donde utilizan categorías como multitud, carácter festivo del movimiento, etc.

Y es que, si el libro tiene sentido, en la perspectiva de los estudios culturales que los autores reivindican, es porque la historicidad se constituye en acontecimientos que no alcanzan nunca su plena significación en sí mismos, sino que están atravesados por una plétora de eventos que los llevan a asumir nuevos sentidos y líneas de interpretación.

El trabajo, que aquí nos convoca, cuestiona y pone en entredicho la condición de la historicidad tradicional de este país, proponiendo la idea de que la historia no ocurre, sino que, *hay* historia porque los sujetos leen en ella el propio entramado constitutivo de ellos mismos. Es así como los objetos arquitectónicos, la ciudad o la subjetividad social y política, se sitúan como texturas del acontecimiento presente, opaco en su propia lógica apariencial. Y, en que, por lo mismo, lo único que le queda a esta subjetividad es enfrentarse a una constante reinterpretación que nunca se cierra en sí misma, sino que reconoce en sí, el hueco de su alteridad (transición de lo social a lo político, de la mismidad a la alteridad, como lo señala Hannah Arendt).

Y, además, en que el deseo de inmanencia en los pliegues de lo que el libro mismo produce como conocimiento, se torna un constante acto de darse significados, de inventarse lecturas.

Ejercicio de hermenéutica postmetafísica, la obra arquitectónica, la ciudad y la subjetividad social siguen operando, aún cuando el objeto aparece fisurado, fisionado por los mismos eventos desde los que lo leemos (en este caso la Dictadura de Pinochet), y que han clausurado la posibilidad, siquiera, de una interpretación ingenua.

Los autores dejan translucir que la obra que ellos han acometido es un rastreo de situaciones, acontecimientos y huellas que hoy se encuentran diluidas, oscurecidas, por una ciudad que las rechaza en su presente neoliberal y postfordista. Es por ello que el aparato interpretativo no puede ser el de la propia época en que las huellas fueron producidas, sino que ese aparato debe incluir a las huellas mismas que condicionan críticamente el presente en que nos encontramos quienes leemos el texto.

El trabajo que aquí presentamos, actúa como un acontecimiento previo a lo ya acontecido, donde el recorrido está situado en su aparición fugaz, en su propio fracaso constitutivo, en el hecho que ni la ciudad ni el hombre nuevo que la iba a habitar existieron, y es por ello, que no es esto lo que hay que estudiar (no la ciudad imposible, o el fracaso del proyecto), sino el acontecimiento tal como nos es revelado desde nuestra condición de observadores de la catástrofe. Igual que el ángel de Benjamin, nosotros huimos aterrorizados de las ruinas que se acumulan alrededor nuestro, y sólo les encontramos sentido al observarlas en la plenitud de su darse y retraerse, de su condición de aparición y de su incapacidad de realidad. La obra olvidada de CORMU no está viva porque los edificios se encuentren ahí, sino justamente porque en su fracaso deja huellas que subjetivamente siguen haciendo posible su espera.

Y es que la forma de ver el trabajo investigativo, que muestra en forma implícita y explícita el libro, es un refresco a la anquilosada imagen del oficio reflexivo. Investigar se presenta como un cruce de campos, como el oficio de búsqueda en medio del silencio y la intemperie.

Estar a la intemperie quiere decir observar, percatarse de los nudos que la ciudad requiere para su funcionamiento, de los flujos en constante reconstitución y restitución de sentido. Esta situación de intemperie a que los autores se someten, y que hacen el norte que orienta su

trabajo, implica correr los riesgos que he señalado. Pero, también, implica que el libro mismo se asemeje más a una aventura que a un paseo museístico por el pasado. Es por ello, que este libro no tiene un orden de lectura canónico. Al igual que la condición de aventura del paseante urbano, el libro invita a dejarse sorprender, a enfrentarse a su problemática inherente, a recordar que el conocimiento está en proceso, se encuentra con el lector y lo seduce desde sus misterios y sus apuestas.

Pero es esta multiplicidad de miradas, de líneas, de perspectivas, lo que en gran medida puede pesarle a la obra. En un contexto donde se espera de un trabajo de investigación que agote todas las aristas del problema estudiado, si dicho trabajo tiene como hipótesis la transdisciplineriedad y la continua contingencia del conocimiento, entonces corre el peligro de ser sometido a una crítica canónica, que no es justa, y sólo se entiende por la sobrevaloración del resultado. Invitar a pasear, a vivir la aventura de la lectura desde las múltiples entradas que el libro posee, es algo que los autores generan probablemente de modo no necesariamente consciente, pero que le otorga un valor agregado para aquellos que ven en los libros algo más que meros objetos de conocimiento (y esto, además, reconociendo que el trabajo investigativo es impecable).

Lo cual me lleva al tercer aspecto que quería señalar. Ya decía antes que me es imposible presentar este libro como un texto meramente académico o técnico. Y no es que no crea que ello no es posible desde él: es una obra magníficamente construida, aún cuando se pueda discrepar de algunos aspectos de ella. Es, como objeto estético, una creación sumamente cuidada en todos sus detalles y en la que se nota un disfrute en su escritura y su composición. Es, en último término, un libro objeto. Pero, también es *mi* historia personal, en la medida que es en ese verosímil que reconozco mi presente, el pasado que añoro en su irrealidad, y desde donde juzgo el futuro que quisiera construir.

He dejado este último gesto, personal principalmente, para no empañar el análisis teórico que se espera de una presentación académica, pero no quiero tampoco obviar esa dimensión humana detrás de un proyecto como es CORMU, y un libro acerca de ella.

Para aquellos que no vivimos el proceso revolucionario de transformación de nuestra República, pero vivimos la violencia real y simbólica de la dictadura, es difícil imaginarnos la cantidad de sueños, esperanzas y expectativas que una sociedad es capaz de levantar. Nos es más fácil quedarnos en la dimensión de la catástrofe y añorar aquel imaginario simbólico previo.

Recuerdo que la primera imagen que tengo de Chile es la lejanía, el gesto de los mayores de añoranza del país perdido, de la historia no realizada. En cambio para mí, Chile (y Santiago, en particular) estuvo atravesado por el terror. Imagen perversa en que la ciudad aparecía como el lugar del que huir a ciertas horas, y en que los edificios estaban cargados de una imagen de violencia siempre posible, pero incuantificable en su aparecer.

Durante mucho tiempo me recorrió mucha rabia y desprecio por los espacios extrañados de su significación original. Así me sucedió con la Villa San Luis (lo que pudo aparecer de ella), y también del Diego Portales. Es por ello, que este libro no sólo tiene un peso teórico, tiene un peso emotivo, el de permitirme volver a *mirar* aquello que un día el terror tiñó de perversión. Y es que esa perversión de la que habla el psicoanálisis es el gesto de sobredimensión de la carga de horror que se muestra a la mirada plenamente, sin sublimación ni mecanismos de defensa que nos permitan protegernos de él. Este libro que hoy presentamos se sitúa como mixtificación para los que no conocimos el pasado que lo incubó: por una parte, el horror no

puede ser soslayado, pues estuvo y está ahí hasta hoy, con su carga simbólica inadministrable, pero también está la ruina que nos sigue incitando desde su débil fuerza mesiánica, que nos permite ver más allá del horror y encontrarnos en esa secreta cita que es la historia, nuestra historia.

Como en la portada de este libro, donde en medio de la ciudad que se intentó levantar, y rasgándola, aparece la huella, una sombra apenas, de ese pasado que sigue vivo mientras nosotros seamos capaces de seguir esperando una redención en su sentido amplio, esto es, en tanto rescate de la catástrofe presente, pero también liberación de las condiciones de dicha catástrofe. El libro, este libro, es más que una mera obra teórica, es (así me gusta pensarlo a mí, al menos) el sitio en que la historia alcanza a dársenos como herederos y protagonistas de ella.